

LA CENSURA: ESA COSTUMBRE AMARGA

José Francisco Conde Ortega*

Cuando el amable Epicuro es censurado por los seguidores de la filosofía “oficial”, se pone de relieve una amarga costumbre: la incapacidad para escuchar al otro. Y algo tan sencillo como la posibilidad de negociar con la palabra se convierte en una realidad atroz: en nombre de la sociedad, la moral o la política se levantan verdades inapelables, dogmas sin los cuales una idea de instituciones fuertes y duraderas no podría existir. Así, esta inocente búsqueda del placer es convertida en un pretexto más para la saña de la intolerancia.

Epicuro optó por la libertad de rechazar lo convenido o lo impuesto por la fuerza de la tradición o de las armas. Y ello siempre es peligroso porque genera la envidia, la malicia de la murmuración. Su vivir ajeno en un círculo que no hacía ostentación de su doctrina, la no comprensión de su negativa a la política y las riquezas y el nulo entendimiento de su filosofía del placer por los no iniciados, desembocó en la censura. La frugalidad ensalzada por Epicuro (ello no implica la negación del gozo culinario), la filosofía del placer proclamada en moderación, y la crítica a los dioses tradicionales se convirtieron, moldeados por sus detractores, en glotonería, lascivia e irreligiosidad. La riqueza de un pensamiento se sintetizó durante siglos en un solo adjetivo,

acumulador de tópicos. Lo epicúreo era, sigue siendo ahora, el equivalente de la gula, la lujuria y el ateísmo. Los seguidores de Epicuro fueron para sus acusadores (con este apelativo se llamaba a sí mismo Horacio) ‘puercos’.¹

Y en asuntos de intolerancia los Estados y algunas instituciones religiosas se han provisto de inauditos mecanismos de control. Las justificaciones han variado poco a lo largo de la historia: la unidad, la defensa de ésta, el fortalecimiento ante enemigos reales o imaginarios... En fin, el miedo a la discusión, a lo nuevo, a lo que no se sujeta a las convenciones heredadas. Por eso la imaginación, la ciencia, el arte, actividades de la mente de suyo libérrimas, han tenido que sobrellevar una trayectoria por demás azarosa. Sobran los ejemplos. La destrucción de la Biblioteca de Alejandría, el juicio a Sócrates y la ejecución de Miguel Servet no sino muestras mayores –y ominosas– del miedo al conocimiento y a la libertad.

El cura y el barbero, en el capítulo VI de *Don Quijote*, realizan el escrutinio de los libros del ilustre manchego, de ese loco genial que era El Caballero de la Triste Figura. Y con este acto ponen al

* Departamento de Humanidades, UAM-A.

1 Epicuro, *Máximas para una vida feliz*, Introducción de Carmen Fernández-Daza, p. xv-xvi-

descubierto el procedimiento más tenebroso de la censura. Deben deshacerse de ciertos libros de Alonso Quijano porque, de ese modo, lo están “salvando”. Es decir, la salvación aun a costa del parecer de quien ni siquiera sabe que está en peligro. El mesianismo como imperio de una sola voluntad. Las palabras de la sobrina del hidalgo, con toda su inocencia, son bastante esclarecedoras. Ante la pretensión del cura de leer los títulos para ver qué libros podían salvarse, exclama la buena mujer:

– No, (...) no hay para qué perdonar a ninguno, porque todos han sido dañadores: mejor será arrojarlos por las ventanas al patio, y hacer un rintero dellos y pegarles fuego; y si no, llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera, y no ofenderá el humo.²

Ya para estos tiempos (los de Cervantes), el tribunal del Santo oficio había sentado sus reales. Primero en el sur de Francia (siglo XIII) para combatir las herejías de los albigenses, y luego en España como una manera de control político, pues de este modo la unidad española construía su fortaleza en la religión. Y no hay que perder de vista que ‘católico’ significa ‘universal’. De aquí las sospechas y las denuncias; el afán por ser –y parecer– “cristiano viejo”.³

Cuando el Tribunal del Santo Oficio se traslada a las colonias americanas, si bien regía nada más a españoles, negros, mulatos y mestizos,⁴ crea las bases de una historia de desencuentros y fatalidades sin nombre. Es cierto, de alguna manera el Tribunal de la Nueva España, aunque contenía en sus bases la idea de la unidad española, mantuvo diferencias con el de la metrópoli.

El Santo Tribunal de la Inquisición fue la institución que reglamentó y vigiló el comportamiento

religioso, moral y político en la Nueva España. Control que duró 250 años.⁵ La iglesia y el Estado consideraban necesaria a la Inquisición como parte de la educación social, sustentándose ésta mediante penas y castigos públicos. Y parte no desdeñable de la pena era el desprestigio social de hombres y mujeres. Los inquisidores hacían respetar, a ultranza, las normas establecidas.⁶

No debe olvidarse que la Inquisición surgió en sus orígenes como un instrumento auxiliar de la autoridad judicial; y que no era una institución permanente, pues sólo constituía un procedimiento eclesiástico para problemas concretos.⁷ Pero tampoco debe olvidarse que el Santo Oficio controlaba la sexualidad y las emociones de los varones en la Nueva España.⁸ Ni que la censura era selectiva. Ni que los libros y la imprenta ofrecieron extraordinario material para que esta amarga costumbre se encontrara.⁹

Pablo González Casanova pone el dedo en la llaga¹⁰ cuando afirma que “el miedo a las ideas” es el origen de toda censura. De ahí que el inquisidor disponga de una “brújula infalible”: el dogma. Y este principio sin evidencia es lo que ha permitido que la censura y otro tipo de inquisidores gocen de cabal salud aun en nuestros días.

Sor Juana Inés de la Cruz, con esa elegante ironía que prodigaba aquí y allá, fue capaz de poner en evidencia a los censores de su tiempo. Cuando conquistó al requerimiento de que escribiera sobre asuntos sagrados y no perdiera el tiempo en cosas mundanas, salió graciosamente del paso. En sus escritos sobre las cosas del mundo podría recibir, en el peor de los casos, la censura de los discretos; en cambio, si fallaba en términos de escritura sagrada, tendría que vérselas con el Santo Oficio.

2 Miguel de Cervantes Saavedra, *Don Quijote*, p. 16.

3 V. Solange Alberro, “El Santo Oficio mexicano en este final de siglo” en Noemí Quezada y otras, *Inquisición Novohispana*, t. I. p. 49.

4 *Ibid.*, p. 47 y ss. y Ernesto de la Torre Villar, “La Inquisición”, en *Op. Cit.* p. 63 y ss.

5 V. Introducción de Noemí Quezada, Martha Eugenia Rodríguez y Marcela Suárez a *Op. Cit.*, p. 9.

6 *Loc. Cit.*

7 *Ibid.*, p. 15.

8 V. Marcela Suárez, “Sexualidad, Inquisición y herejía en la Nueva España. España de las luces”, en *ibid.*, t. II, p. 13 y ss.

9 Remito al lector a los dos tomos del libro que vengo citando. El material no tiene desperdicio.

Y aquí se encuentra la parte más tenebrosa del asunto. El tribunal del Santo Oficio, vehículo punitivo de la Santa Inquisición, era el soporte religioso del control político del Estado. Y se mantenía por sus leyes inamovibles, por la ortodoxia de sus creencias, por la verdad revelada e inapelable, por el dogma regidor de todos los actos de la vida. Nadie podía –ni debía– moverse ni un milímetro del canon, so pena de caer en herejía y, en consecuencia, ser castigado con singular dureza.

La atrocidad mayor estriba, justamente, en ese considerarse depositarios de la única verdad. Y en nombre de ella “salvar” a todos los que, por error u omisión, no cumplan con esas leyes alejadas infinitamente de todo sentido común, del más mínimo respeto por la opinión libre y desprejuiciada. Bien escribe Cioran: “El diablo palidece junto a quien *dispone* de una verdad, de su verdad”.¹¹ Y peor aún cuando esa verdad está escudada en una nebulosa e interesada idea de Dios. Entonces se desembozan los fanáticos, el brazo verdaderamente armado de la institución. Vuelve a decir Cioran: “No se mata más que en nombre de un dios o de sus sucedáneos”.¹²

Es la historia de 250 años de Inquisición. Es el justificar, en el nombre de Dios, las más grandes atrocidades. “Salvar” a toda costa a quien se desvía de los preceptos absolutos. Así, honras, bienes, prestigios, fueron puestos a prueba por cualquier asomo de sospecha. Y el libro, ese asombroso invento del hombre que es la extensión de su memoria –como escribió Borges– fue inmisericordemente perseguido, mutilado, desaparecido, destrozado. Y sus autores no corrieron mejor suerte. El caso era combatir cualquier asomo de inteligencia, imaginación y libertad. La documentación es amplia. Muchos investigadores se han ocupado del asunto.¹³

En 1821 se da fin al régimen impuesto por el Santo Oficio. Mucho de lo acontecido durante ese tiem-

po enriqueció la imaginación de muchos escritores del siglo XIX mexicano. La mención de los trabajos de Vicente Riva Palacio y Justo Sierra O'Reilly es indispensable. Pero el asunto no quedó allí. Por un lado, esa necesidad de la verdad revelada, ese miedo a lo diferente y a lo nuevo pareció convertirse en una amarga costumbre. Y después adquirió matices inauditos: se convirtió en pretexto para afanes expansionistas. Y se afianzó como resultado de una cuidadosa planeación para imponerse, en todos los órdenes, en países como el nuestro. Apenas si vale la pena el nombre del país que ha hecho de esos afanes una manera de hacer política sin importar el pretexto: el fantasma del comunismo, la guerra fría, la carrera espacial, la materia prima de los países poco –o nada– desarrollados.

En efecto, los Estados Unidos se han arrogado el papel de Gran Inquisidor, de gendarme del mundo. Con una concepción peculiar del “destino manifiesto”¹⁴ han construido su historia para un fin ardua y pacientemente diseñado y trabajado: imponer su particular noción de la libertad y la democracia. Sabemos, además, que la sociedad estadounidense tiene como motor el puritanismo, la hipocresía –si no es que son sinónimos estos términos– y la desinformación. En esto radica la fuerza de sus gobiernos. Éstos, con matices de forma, nunca se han apartado de su destino manifiesto: ser los dueños del mundo. Por eso se han apropiado de las economías de los países; por eso han acuñado su definición de libertad; por eso se han adueñado de la palabra América. América son ellos y nada más. Y se pretenden ejemplo de democracia y libertad. Y están seguros de que tienen que “salvar” a los que no defienden los “valores” de su sociedad.

En 1899 José Enrique Rodó había dado la señal de Alarma. Desde las páginas de *Ariel* había advertido: el coloso del Norte no se va a conformar con el dominio de nuestras economías; va a dominar hasta nuestra sensibilidad. Ahora, al comienzo de la vigésimo primera centuria, el augurio del pensador

10 Pablo González Casanova, “El pensamiento perseguido” en *ibid.*, p. 37 y ss.

11 E. M. Cioran, *Breviario de podredumbre*, p. 28.

12 *Loc. Cit.*

13 V. *Supra*. Nota 9.

14 V. para este tema Begoña Arteta, *Destino manifiesto. Viajeros anglosajones en México. 1830-1840*. Gernika-UAM, 1989.

uruguayo tristemente se ha cumplido. Cuando menos en México. Los mecanismos de imposición y adoctrinamiento dieron resultado. Revistas, películas, series de televisión y demás productos chatarra cumplieron su objetivo ideológico: crear la ilusión de un paraíso alcanzable, el tan llevado y traído *american way of life*. Del pato Donald al sargento Furia, Rambo, Rocky, Fred Astaire o Jorge Castañeda hay muy poco trecho. Y de éstos a una sopa Campbells o Maruchan, menos aún.

Pero esto fue sólo el principio. La pieza clave de su ajedrez tenebroso fue movida a principios del siglo XX. Siempre supieron que para dominar a México no necesitaban fusiles: bastaba con seleccionar a cierta clase de gente para “educarla” en sus escuelas. Así, ya adiestrada en la “libertad” y la “democracia”, esta clase de mexicanos de avanzada crearía generaciones que, más adelante, entregarían el país. Es decir, el Gran Inquisidor creando sucursales del Santo Oficio en sus colonias. Y del mismo modo que el Otro Santo Oficio, debía regir, vigilar y castigar a los herejes. Sólo que las armas y procedimientos de aquél fueron más sutiles. Ni el potro, la hoguera o la horca. Simplemente mantener a los pueblos en la pobreza y la ignorancia. Un pueblo ignorante es fácilmente manejable.

Y es curioso que dentro de la misma sociedad gringa se haya dado el mayor cuestionamiento. Un poco como en la “leyenda negra” atribuida a fray Bartolomé de las Casas, Aldous Huxley y Ray Bradbury, en sus ficciones, advertían el peligro de esa fuerza destructiva de la tecnología para dominar al mundo. No obstante, estos autores abren un resquicio para la esperanza. Los salvajes y los hombres-libro eran capaces de oponerse a los convencidos becas, gamas y deltas y a los jefes quemadores de libros. Solamente en George Orwell no hay esperanza. El único rebelde, en *1984*, termina entregado al *Big Brother*, y exclama al final, ya convencido, “sí creo; sí creo”.

Esto es lo que ha pasado con nuestros gobiernos. Han cedido ante el Gran Inquisidor. Han creído, a despecho de la mayoría de los mexicanos. Sobre todo en los últimos tiempos, los encargados de la

administración pública en nuestro país ven a México como aprendió a mirarlo en las escuelas gringas. De ahí las azarosas, por decir lo menos, de las políticas educativas. De manera servil han acatado las disposiciones del Big Brother. Si hay recorte presupuestal, éste debe aplicarse al gasto educativo. Y para qué hablar del ámbito cultural, siempre adecuándose a las circunstancias.

Con tantos economistas y administradores graduados –y con posgrados– en universidades gringas, que lejanos se ven los esfuerzos educadores de José Vasconcelos y sus campañas para enseñar a leer a los mexicanos, y con libros con grandes tirajes y llevados a todas partes. Qué aislados parecen los trabajos de los escritores y artistas, a lo largo del pasado siglo, para crear esa suerte de conciencia nacional en el ejercicio de la inteligencia y la libertad. Ahora el modo de vida gringo es la receta que nos endilgan. Y no se dan cuenta, o no quieren darse cuenta, de que esas recetas son para mantenernos en la pobreza y la ignorancia.

Es desolador el panorama de los tirajes de libros, y aun de periódicos. En un país de 100 millones de habitantes, ediciones de mil ejemplares tardan años en agotarse. Los diarios no viven de sus pocos lectores, sino de la publicidad. Y ya desapareció *El Nacional*, *La Crónica de hoy* únicamente aparece cinco días a la semana y el suplemento cultural de este último ya desapareció.

Creo que era José Agustín quien hacía la broma de que él y sus amigos eran la primera generación gringa nacida en México. No lo sé. Pero ahora sí estamos seguros de que nos gobiernan de acuerdo con los dictados del Banco Mundial y las casas de bolsa de Wall Street. Y los que nos gobiernan están seguros de que eso está bien. Cuando menos, los adoctrinaron para que no pudieran dudar. En la era priísta el deterioro fue paulatino, hasta llegar a Miguel de la Madrid. Pero Ernesto Zedillo trabajó afanosamente para acabar de vender al país. Fue incapaz de oponerse a los dictados del Gran Inquisidor. Ahora trabaja para ellos directamente.

El año 2 000 los mexicanos creyeron que una nueva etapa se abriría para ellos. Y fue así. Sólo que

esta etapa se distingue porque la servidumbre ante el vecino del norte se da sin emboscos. El presidente Fox está convencido de que sus “amigos” gringos tienen la verdad revelada. Y no entiende al país que dice gobernar. Por eso el sometimiento a las políticas que impone Estados Unidos. No advierte que los gringos necesitan, solamente, un país maquilador, proveedor de mano de obra, más o menos calificada, pero barata. Por eso la urgencia de la educación tecnológica en demérito de la ciencia y las humanidades.

Al amparo del Gran Inquisidor, lo que menos importa es la congruencia en asuntos culturales. Los burócratas sientan sus reales allí. Los funcionarios –salvo honrosas excepciones– hacen gala de ignorancia e improvisación. Quien dirige el destino cultural de México, en un país en el que los tecnócratas impusieron la moda de los posgrados –aunque éstos puedan ser de plástico–, a duras penas terminó la secundaria. Y no es esto lo malo, sino que para ella, así como para la mayoría de los integrantes del flamante gabinete, el libro es un objeto extraño.

Así, ¿a quién puede extrañarle que Carlos Abascal censure un libro de Carlos Fuentes?, ¿o que Vicente Fox deslumbrase con su ignorancia al no pronunciar correctamente el apellido del autor de *Ficciones*, de quien seguramente ni noticias tenía? A nadie seguramente. Pero sí asusta que, por ejemplo, en el caso de Abascal se reproduzca la idea de la verdad revelada. Es decir: “lo que yo digo es lo correcto. Te prohíbo que leas esto por tu bien”. La censura como una manera de vivir. Todo como aprendizaje fortalecido desde el Gran Inquisidor del norte. Todo debe ocurrir así en nuestro país. Es la mejor manera de mantenerlo sometido. Y nuestros gobernantes cooperan.

Por eso, tal vez, la proliferación de agrupaciones fundamentalistas en los últimos tiempos. Quizás la más tenebrosa sea la que se hace llamar Provida. En la misma inercia de la intolerancia, sus integrantes se sienten con derecho de decidir sobre la vida, el cuerpo y el futuro de los demás. Llenos de falsa piedad, condenan sin más y levantan la cara al cielo porque son buenos y casi santos. En ellos está el

germen de la censura y la intolerancia. Probablemente por la misma razón la iglesia católica adquiere cada vez mayor injerencia en la vida pública. Pero con todo, los problemas de conciencia debieran ser estrictamente personales. No queremos revivir el antiguo Santo Oficio. Con el nuevo ya es bastante.

Y como todo parece seguir un camino nada inocente. El enemigo es el libro. Por eso convienen los tirajes reducidos; y las bodegas de las editoriales universitarias repletas. Por eso los grandes tirajes de los libros de auto ayuda. Y más impuestos contra los creadores. O esa broma cruel de instituir un programa de promoción de la lectura con promotores de risa loca: un comicastro, un futbolista de atuendo extravagante y una muchacha guapa. Los tres tienen con el libro algo en común: no saben qué es eso. ¿Más pruebas de que la política del Gran Inquisidor es mantenernos en la ignominia mental?

Censura contra el libro y todo lo que signifique conocimiento, imaginación, creatividad. Es mejor que la gente se entretenga viendo telenovelas, cómicos de cuarta o *Big Brother*, epítome de la estulticia y el negocio sin escrúpulos. El caso es que no se lea. Un pueblo ignorante es fácilmente manejable. El Gran Inquisidor fija los límites e impone su verdad. La inquisición, para estos fines, goza de cabal salud. Se ha convertido en una amarga costumbre.

Bibliografía

- Arteta, Begoña, *Destino manifiesto: viajeros anglosajones en México. 1830-1840*, Gernika-UAM-A, México, 1989. 146 pp. (Colección Ensayos)
- Cervantes Saavedra, Miguel de, *Don Quijote*, T. 1. México, EVM, 1989. 300 pp.
- Gioran, E. M., *Breviario de podredumbre*, Tr. E Intr. Fernando Savater. Madrid, Taurus, 1997. 275 pp.
- Epicuro, *Máximas para una vida feliz*, Edición de Carmen Fernández-Daza. Madrid, Temas de Hoy, 1994. 145 pp. (Clásicos)
- Quezada, Noemí, Martha Eugenia Rodríguez y Marcela Suárez (editoras), *Inquisición Novohispana*, 2 tomos, México, UAM-IIA-UNAM, 2 000.

